

CUESTIÓN DE GENERACIÓN

Sahaldau & Capablanca

— Nací y crecí en un pequeño pueblo de La Mancha, cuyo nombre recuerdo, pero no conviene mencionar. Viví mis primeros años en una vieja casona de pueblo, con patio de vecinos, corral para los animales y pocos lujos.

— *Nací y crecí en un pequeño piso del extrarradio de Madrid, de finísimas paredes pintadas con gotelé y rodeado de ruidosos vecinos venidos de todos los rincones del globo. No era el hogar ideal, pero imagino que los hay peores, ¿no?*

— **Nacimos y crecimos en muchos y diversos lugares; lugares que apenas abandonábamos durante nuestra vida, salvo por necesidad, miedo o ambición.**

— De mi infancia conservo buenos y malos recuerdos, supongo. Desde pequeño empecé a trabajar en el campo, vendimiando y ayudando a mi madre. Mi familia era muy humilde y, encima, éramos cinco hermanos, así que, imagínate. Lo poco que teníamos: juguetes, ropa... iba pasando de hermano a hermano conforme íbamos creciendo. A mí me encantaba leer, pero mis padres no tenían dinero para comprarme libros o tebeos. Tuve la suerte de que los padres de un amigo tenían una pequeña biblioteca en casa y pasé largas temporadas allí devorando los volúmenes que amablemente me prestaban.

— *¿Mi infancia? Fue una época estupenda, la verdad. Atesoro recuerdos maravillosos de esas tardes en el parque, de los veranos en el pueblo, aprender a montar en bici, mi primera videoconsola... Lo pasé en grande.*

— **Nuestras infancias fueron cortas, en muchos casos, terriblemente cortas. Algunos sucumbimos muy jóvenes a guerras, hambre y enfermedades. Otros, nos vimos obligados a madurar pronto, siendo a menudo asesinada nuestra inocencia infantil por la crueldad del mundo.**

— Durante mi adolescencia, pronto comprendí que el instituto me ofrecía una oportunidad para abandonar los físicos y duros trabajos del campo. Podría aspirar a un trabajo mejor remunerado y explorar las maravillas que esperaban más allá de mi vetusto poblachón manchego. Mientras algunos de mis compañeros dejaban pronto los estudios, me apliqué para ser el mejor de mi clase y gracias al esfuerzo y generosidad de mis padres, logré una plaza en la universidad.

— *Durante mi adolescencia, tuve que enfrentarme a los rigores del tedioso sistema educativo. Mis padres insistían en que debía terminar una carrera para labrarme un futuro, pero yo no alcanzaba a comprender la utilidad de todos esos datos y fechas que debía memorizar. Estudiar se convirtió en una carga para mí; procuré no decepcionar a los míos, no obstante, nunca sentí verdadera curiosidad por saber.*

— **Durante nuestra adolescencia, aprendíamos cuál era nuestro lugar en el mundo. La mayoría aceptamos el rol que nuestra riqueza y condición social nos imponía, procurando adaptarnos y sobrevivir lo mejor que podíamos. Otros, los más valientes, o los más desesperados, nos rebelamos ante nuestro destino, buscando ese “algo más” que, intuíamos, nos podía ofrecer la vida.**

— En mi juventud emprendí, como tantos otros, el camino de la emigración. Encontré un trabajo en la gran ciudad, conocí a mi mujer y pudimos comprar un piso en las afueras. No era rico, ni mucho menos, pero se abrió ante mí una vida llena de posibilidades.

— *En mi juventud, tras finalizar con esfuerzo mis estudios superiores, pasé mucho tiempo buscando trabajo de lo mío. Al final tuve éxito, aunque admito que mi curro no era para tirar cohetes. Tener carrera, máster y hablar dos idiomas, no me había solucionado la vida, por mucho que insistieran mis padres. Lo que ellos habían conseguido a mi edad, era para mí poco menos que una quimera, mi sueldo apenas me daba para alquilar una habitación en un piso compartido, mucho menos para comprarme mi propia vivienda.*

— **En nuestra juventud las bocas que alimentar se multiplicaban y traer a casa los productos más básicos se convertía en toda una odisea. Volcábamos nuestras esperanzas en aquellos que nos sucedían, deseando para ellos algo mejor que aquellos días oscuros en los que nos había tocado vivir.**

— Hoy, he rebasado los 60 años y estoy próximo a jubilarme. El mundo ha cambiado a mejor desde que era joven, mis hijos han tenido la oportunidad de crecer teniéndolo todo, sin experimentar las privaciones que yo o mis padres tuvimos que padecer. Han estudiado lo que querían y viajado por todo el planeta desde su más tierna juventud. Mi hija puede expresar sus opiniones políticas, trabajar en aquello que le apasiona o besar a su novia

en la calle con total libertad. La humanidad sigue siendo egoísta e imperfecta, pero, entre todos, hemos logrado construir una sociedad más amable y justa.

— *Hoy estoy a punto de franquear la barrera de los 30 años y sigo viviendo con mis padres. No puedo decir que sea infeliz, pero parece que mi vida se ha detenido en una especie de “stand by” que nunca termina. Me preocupa haberme quedado estancada y ser incapaz de encontrar el camino. Tengo la sensación de que a mi alrededor el mundo está cambiando a pasos agigantados y no me siento preparada para afrontarlo.*

— **Hoy somos mujeres y hombres sin nombre ni rostro. Madres, padres, abuelos... todos juntos formamos el oscuro y olvidado pedestal sobre el que se cimientan vuestras vidas. Entre nosotros los hubo dulces y compasivos, los hubo mezquinos y crueles, los hubo héroes y asesinos. Todos, sin embargo, fuimos humanos. Humanos que navegamos durante siglos en mares de violencia, ignorancia y fanatismo. Humanos que, ocupados tan a menudo en la tarea de sobrevivir, apenas tuvimos oportunidad de vivir.**

— Contemplo el futuro con pesimismo. Nuestros hijos son la primera generación que vivirá peor que sus padres y parece que aún no se han dado cuenta. En un mundo con pleno acceso al saber y la cultura, la gente abraza sin pudor la superficialidad y la banalidad. Mi historia no ha sido un camino de rosas, pero al menos estoy en un lugar mejor del que partí. Temo que cuando mi hija llegue a mi edad, no pueda decir lo mismo.

— *Soy consciente de que los que me precedieron tuvieron una vida más dura que la mía, pero, al menos, solían hallar esperanza al pensar en su futuro. Hoy, la visión general del mañana irradia pesimismo, parece que la humanidad se precipita hacia un colapso con consecuencias devastadoras. Sinceramente, no creo que seamos una generación de cristal, como muchos dicen, pero los retos que se nos presentan son desafíos a los que nadie se había enfrentado antes. A día de hoy, no estamos a la altura. Pero nuestra historia está por escribir. Aún tenemos tiempo de darle un mejor final.*

— **Nuestro futuro sois vosotros y aquellos que os sucederán. En estos días de incertidumbre, no hay consejo o consuelo que os podamos ofrecer, tan sólo nuestro ejemplo. Nuestra historia. Una historia que no debéis olvidar si no queréis que se repita.**

